

Desde la etnomusicología a la etnografía para arqueólogos: una aventura de formación personal

MAGDALENA A. GARCÍA SÁNCHEZ*

ISSN (impreso): 1665-8973

ISSN (digital): en trámite

DOI: <https://doi.org/10.25009/urhsc.v21i41.2766>

PRESENTACIÓN

EN EL ÁNIMO DE QUE EL PÚBLICO no especializado y los propios colegas del ámbito académico reconozcan nuestra parte más humana en el proceso de nuestras investigaciones, comparto con los lectores de *Ulúa* esta experiencia de trabajo de campo ocurrida hace décadas, pero que marcó mi formación profesional hasta el día de hoy. La idea es resaltar el rango de las diversas sensaciones que nos invaden y que no quedan registradas en las publicaciones de nuestra disciplina (en mi caso la arqueología), pues no es una práctica común entre los científicos sociales “quejarnos” o mostrar emociones en nuestros escritos, a pesar de que existen textos clásicos y no tan clásicos donde algunos autores(as) han expresado emociones abiertamente. Me refiero, por ejemplo, a la icónica obra de Bronislaw Malinowski¹ y más recientemente a Nigel Barley y su libro *El antropólogo inocente*,² este último muy conocido precisamente por el tono personal en el que está escrito.

En adelante pues, expondré a ustedes la narración de poco más de una semana de trabajo de campo en la que visitamos Coicoyán de las Flores, Oaxaca y Metlatonoc, Guerrero, en el contexto de los cursos Etnomu-

* Centro de Estudios Arqueológicos, El Colegio de Michoacán, La Piedad, Michoacán, México, e-mail: magdalenaamalia@gmail.com.

¹ Malinowski, Bronislaw, *Diario de campo en Melanesia*, traducción y prólogo de Alberto Cardín, prefacio de V. Malinowska e introducción de Raymond Firth, Ediciones Júcar, Madrid, 1989.

² Barley, Nigel, *El antropólogo inocente*, traducción de María José Rodellar, Anagrama, Barcelona, 1997.



psicología y Música Mestiza, dictados por el profesor Thomas Stanford y ofrecidos, en el ya lejano 1986, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (en adelante ENAH) entre las materias optativas de la Licenciatura en Etnohistoria.

UN POCO DE CONTEXTO

Mi profesor



FOTO 1. Thomas Stanford, etnomusicólogo. Ciudad de México, ca. 1990.³

Thomas Stanford (1929-2018) fue un etnomusicólogo reconocido internacionalmente por haber recorrido casi toda la república mexicana y registrar, a lo largo de sus más de cincuenta años de actividad profesional, una enorme diversidad de géneros musicales que han quedado en más de cinco mil grabaciones.⁴ Nacido en Albuquerque, Estados Unidos, llegó

³ Esta imagen procede de la Dirección de Medios de Comunicación del INAH, Fototeca Nacional del INAH (véase https://mediateca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/object/fotografia:467898).

⁴ Véase: <https://www.fonotecanacional.gob.mx/index.php/escucha/audio-del-dia/113-audio-del-dia/460-thomas-stanford>, consultado el 16 de marzo de 2022.

a este país hacia la mitad del siglo pasado a trabajar y desde entonces dedicó su vida al estudio de la música tradicional; en 1981 se unió como profesor a la ENAH, donde practicó la investigación y la docencia aportando valiosas contribuciones a los acervos de esta institución, así como a la Fonoteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y, finalmente, a la Fonoteca Nacional.⁵ A lo largo de su vida recibió varios reconocimientos, entre ellos el Doctorado *Honoris Causa* por la Universidad Anáhuac del Sur y la Medalla al Mérito por el INAH.⁶ Actualmente es posible tener acceso a una muestra importante de sus artículos publicados, así como a entrevistas que se le hicieron en distintas ocasiones, disponibles en la página de la Mediateca del INAH (véase nota 4).

Los cursos

En 1985 yo había cumplido cabalmente con los créditos correspondientes a la Licenciatura en Arqueología, sin embargo, tenía la oportunidad de cursar otras asignaturas optativas que podían considerarse como extracurriculares; en otras palabras, podía tomar materias que no eran del programa formal de mi carrera pero que ayudarían a mi formación profesional. Aquí hago un señalamiento importante. En el plan de estudios de la Licenciatura de aquel entonces, había un énfasis hacia la formación teórica, marxista y técnica, soslayando notablemente materias como Etnografía, tan fundamental para las ciencias sociales en general y para la arqueología en particular. Con más intuición que conocimiento y por recomendación de mi amigo Manuel de la Torre, entonces jefe del Departamento de Servicios Escolares, me inscribí en una asignatura optativa de nombre Etnomusicología, dictada precisamente por Thomas Stanford. Éste fue mi primer acercamiento con la etnografía y con Stanford, a quien sólo conocía como el profesor de casi dos metros de estatura que se dejaba ver por los pasillos del edificio principal de la ENAH. Cabe señalar que desde mi Licenciatura había tenido oportunidad de hacer trabajo de campo, pero en todas esas ocasiones el énfasis estaba puesto en aprender las técnicas básicas para la obtención de informa-

⁵ Véase: <https://mediateca.inah.gob.mx/webapps/emeritos/ajax/post21.html>, consultado el 16 de marzo de 2022.

⁶ Véase: <https://herder.com.mx/es/autores-writers/e-thomas-stanford>, consultado el 16 de marzo de 2022.

ción, por ejemplo, el recorrido de superficie, la recolección de materiales arqueológicos, la excavación y la organización de los materiales obtenidos; también hicimos prácticas con los profesores de Ecología y de Geomorfología. En todos esos casos, sin embargo, nunca tuvimos un acercamiento con una perspectiva etnográfica. Lamentable.

La materia de Etnomusicología resultó ser fascinante, sobre todo cuando tuvimos oportunidad de ir a la Fonoteca de la ENAH a escuchar algunas de las grabaciones que Thomas había realizado. Cabe mencionar que, a poco más de transcurrido medio curso, mis compañeros de clase dejaron de asistir, de manera que me tocó ser la única estudiante del profesor Stanford, por ello algunas de las clases las tomé en el restaurant de la Sala Ollin Yoliztli, ubicada frente a la ENAH, al calor de un cafecito invitado por él. Esta cercanía me permitió conocer de cerca la gran persona que él era y cómo le apasionaba su trabajo.

Luego de esta experiencia, en el siguiente semestre me animé a cursar la optativa Música Mestiza, y esta vez sólo el compañero Baldomero (no recuerdo su apellido) y yo concluimos el curso ante la deserción de otros estudiantes. Para fortuna nuestra, Thomas había regresado de una salida de trabajo de campo a la Mixteca algunas semanas antes de iniciar este curso, y tenía pensado volver para realizar grabaciones de la música que se tocaba en las festividades de difuntos el 1 y 2 de noviembre, así que nos invitó a participar con él en la siguiente salida. Y fuimos.

LA SALIDA A CAMPO

Thomas Stanford otorgaba una gran importancia al trabajo de campo entre las actividades de un etnomusicólogo, ¡y cómo no! Precisamente se trataba de registrar las manifestaciones musicales en su propio contexto social. Daba importancia asimismo a la manera en la que cualquier científico social debía introducirse y comportarse en las comunidades que visitara, pues de ello podría depender el éxito de esa visita. Él recomendaba reconocerse como un elemento ajeno a la comunidad, de ahí que había que mantener una presencia respetuosa como alguien externo, con un comportamiento ético y contar con la autorización de los actores sociales para grabar su música; ello puede verse en su trabajo titulado “El trabajo

de campo. Un ensayo metodológico”.⁷ Así pues, Baldomero y yo fuimos invitados a grabar cantos que él identificó como *cati cubii* (ignoro si así se escribe, pero así sonaba), manifestaciones que sólo ocurrían en la celebración del Día de Difuntos el 1 de noviembre en la Mixteca oaxaqueña, específicamente cerca de Pinotepa Nacional, en un pueblo llamado Coicoyán de las Flores y en otro de nombre Metlatonoc, ya en el estado de Guerrero, de acuerdo con lo que él mismo había registrado en su anterior visita a aquella región durante la Semana Santa de 1986.

Thomas y Baldomero se fueron de avanzada y yo los alcancé más tarde. La narración de ese viaje inició el 22 de octubre para ellos y para mí dos días después. Recientemente ubiqué un ensayo que él publicó también en 2017, donde da cuenta del viaje previo acaecido en la Semana Mayor y de aquél en el que yo participé; fue una grata sorpresa hallar ese relato, si bien es un poco distinto al que yo narraré aquí.⁸

El largo camino a Coicoyán de las Flores, Oaxaca

Salí de la Ciudad de México el viernes 24 de octubre por la tarde desde la Terminal de Autobuses de Pasajeros de Oriente (TAPO) rumbo a Huajuapán de León, Oaxaca, adonde llegué cerca de las once de la mañana. En esa época no eran comunes las *backpack* tamaño mediano, así que a falta de una yo llevaba una maleta mediana de dos asas con lo indispensable para una semana de estancia; como quizá recuerden, esas maletas eran un poco incómodas luego de cargarlas un buen rato, como pude constatarlo varias veces durante ese viaje.

La estación de Huajuapán interconectaba con autobuses de paso y justo debía esperar uno de esos, puesto que no había pasaje directo a Coicoyán de las Flores; así pues, maleta al hombro, caminé por las calles solitarias de esa localidad hasta donde estaba la gente en espera del autobús. De entre las varias personas que estaban aguardando ahí, busqué

⁷ Stanford, Thomas. “El trabajo de campo. Un ensayo metodológico”, *Rutas de campo*, 2a. Época, enero-junio de 2017, núm. 1, pp. 8-35.

⁸ Stanford, Thomas. “Experiencias en el campo (1957-1990). Trece relatos de los trabajos de campo de un etnomusicólogo”, *Rutas de campo*, 2a. Época, enero-junio 2017, núm. 1, pp. 46-111; la narración del viaje en el que participamos se ubica entre las páginas 80 y 85.

sentarme cerca de una señora sólo por seguridad. Mientras esperaba, tuve que aguantar el acoso de un chofer de camión local a quien antes había preguntado dónde estaba ese punto de espera; el tipo me invitaba a irme de viaje con él quien sabe a dónde, pero me garantizaba que estaría segura si lo acompañaba. Su insistencia duró más de una hora, él que *sí* y yo que *no*, intentando ser educada y firme, hasta que la señora sentada a mi lado lo corrió de una vez por todas y me dijo que me sentara más cerca de ella.⁹

El autobús llegó pasada la media noche con rumbo a San Martín de los Durazos. Se trataba de un autobús escolar, de ésos traídos de Estados Unidos, pintado con los colores de la línea local. Señalo esto porque los asientos tenían respaldos muy rectos, utilizados para estar sentados en un viaje corto y absolutamente incómodos para hacer un viaje largo. Los viajeros y yo ocupamos prácticamente la mitad del autobús, y a pesar del frío, del hambre, del cansancio y del mal estado de las carreteras que hacían dar tumbos al autobús, nos dormimos durante el viaje.

El autobús hizo múltiples paradas durante la noche, las que apenas percibí entre el sueño y la tranquilidad de que llevaba mi maleta junto a mi asiento. Llegamos a San Martín de los Durazos en el amanecer del sábado 25, con el inigualable frío matutino de esa hora y la luz del sol de un amarillo intenso que invadió el interior del autobús. Para cuando desperté del todo sólo quedábamos tres pasajeros, que descendimos ante el aviso del chofer de que habíamos llegado a la parada final. Ya en la localidad le pregunté a uno de los señores que bajó conmigo que dónde podía conseguir transporte para Coicoyán de las Flores; la conversación fue más o menos así:

—Oiga, disculpe ¿sabe dónde salen los camiones para Coicoyán?

—¡Uuuuuuh! Pues no hay camiones seguido, pero si quiere preguntamos porque yo hace mucho que no he estado aquí. ¿Usted es maestra?

—Pues... sí, algo así

—¿Y a qué va a Coicoyán?

⁹ A la distancia temporal, veo el riesgo inminente de una mujer viajando sola por la noche, con pinta de antropóloga despistada, sin derecho a preguntar pues eso era evidencia de que no conocía su destino; presa fácil para un depredador.

- Voy a reunirme con mi maestro y un compañero, vamos a estudiar la música de la fiesta de difuntos
—Ah, es maestra de música
—Sí, más o menos
—Ya lo decía, usted tiene cara de maestra, jeje.

Preguntamos entonces a otro señor que estaba sentado por ahí y contestó que el camión pasaría hasta como a las nueve de la mañana, así que quedaba tiempo de espera y el señor me invitó amablemente a desayunar a su casa. En el camino me contó que venía llegando de Estados Unidos luego de una estancia de tres años, que le había enviado dinero a su esposa durante ese tiempo pero que también había ahorrado y ahora llegaba con sus ahorros en las botas; en efecto, ya en su casa —donde fue recibido con gusto— se quitó las botas y aparecieron fajos de dólares y de billetes mexicanos que había obtenido al cambiar algunos dólares en la frontera.¹⁰

El señor me presentó ante su esposa como una maestra que había viajado en el mismo camión; ella muy amablemente me invitó a sentarme en una sillita baja y ahí me sirvieron frijoles con huevo y chile acompañados de tlayudas recién hechas, una verdadera delicia. Y ahí nos quedamos platicando en una larga sobremesa (a pesar de la ausencia de una mesa) después del desayuno, escuchando las aventuras del señor, que de vez en cuando me preguntaba sobre mis actividades como “maestra”.¹¹

Y dieron las nueve, las nueve y media, las diez y nada, el camión no llegaba. Cerca de las diez y media de la mañana alguien vino corriendo para avisar que el camión por fin había llegado y que la gente ya estaba subiendo; ante esta noticia, el señor me ayudó con la maleta y salimos corriendo (literalmente) a la parada para alcanzarlo; por suerte llegamos a tiempo.¹²

¹⁰ Nuevamente a la distancia, pienso que, en estos tiempos contemporáneos, con el aumento de los riesgos a que están sometidos los paisanos a su regreso a México, muy probablemente lo hubieran asaltado y despojado de sus bienes. Con todo y botas.

¹¹ Para elaborar esta narrativa, hoy sé que San Martín de los Duraznos es un asentamiento que forma parte del municipio de San Sebastián Tecomaxtlahuaca, ubicado a 1 881 metros sobre el nivel de mar y que actualmente tiene 413 habitantes. Véase: <https://mexico.pueblosamerica.com/i/san-martin-duraznos/>, consultado el 17 de marzo de 2022.

¹² Nunca jamás volví a ver a ese señor y mucho menos a su esposa ni a saber de ellos; valga esta narración como mi agradecimiento eterno por alimentarme y hospedarme unas horas. Y no puedo dejar de señalar esa

platicando entre quienes ya se conocían y otros —como yo— conociendo gente sobre la marcha.¹³ Ahí me enteré de que éramos seis los que íbamos para Coicoyán, pero a los demás les quedaban muchas horas de viaje para llegar a sus destinos. Por el momento compartíamos el encanto del paisaje de la sierra oaxaqueña en esa época del año: toda color paja, con las nubes haciendo sombra sobre las muchas montañas que tenían la apariencia de papel arrugado y luego extendido. De todas maneras, los pasajeros entablamos una amistad anónima y temporal en esa camioneta que transitaba por caminos de terracería alborotando el polvo que nos cubrió enseguida a todos, envejeciéndonos al instante (lo que me provocaba una risa loca al ver a mis compañeros de viaje con polvo en las pestañas y los dientes).¹⁴

En 1986 esos caminos de la Mixteca Alta oaxaqueña parecían zona de desastre, y eso que los transité en temporada de secas. Hoyo tras hoyo, las camionetas transportistas de pasajeros se habían acabado sus amortiguadores a lo largo del tiempo, y estoy segura de que nunca los renovaron a juzgar por el estado de esa camioneta que, finalmente, nos dejó sobre la carretera a San Martín de las Peras hacia las cuatro de la tarde. Con la indicación de que no quedaba muy lejos, los otros cinco pasajeros y yo nos enfilamos rumbo a San Martín, pues de ahí podíamos conseguir transporte a Coicoyán de las Flores. Maleta al hombro, con hambre pero con la sed saciada gracias al agua que tomamos de los varios arroyitos que encontramos en el camino, echamos a andar por veredas que subían y bajaban, pasando debajo de varias líneas de alambre de púas que delimitaban algunos terrenos para cortar camino; cruzamos por un par de arroyos poco profundos (pero lo suficiente para tener que quitarnos los zapatos para no mojarlos) y apuramos el paso, pues el sol estaba cayendo y nadie quería caminar en la oscuridad de la noche.

¹³ Ahora, como entonces, reconozco que esos jóvenes maestros me conmovieron en ese viaje a su primer trabajo formal. Con ese valor que da la ignorancia y con la confianza de transitar en territorio amigo, iban aguantando los incabables baches de la carretera que los hacía saltar de su asiento a cada momento, malcomiendo su itacate empolvado, con la certeza de que seguramente caminarían otro buen tramo después de bajarse de la camioneta, con la incertidumbre de si existiría un lugar llamado escuela adonde iban, pero con la impecable sonrisa de quien eligió bien su vocación.

¹⁴ Es necesario detenerme un poco para hablar del polvo y la terracería. Todos aquéllos que han hecho trabajo de campo en zonas rurales han lidiado con ambos por lo menos una vez en la vida, incluso en carreteras de pavimento, tan maltratado que se puede llamar tranquilamente terracería; así que pueden imaginar lo que aquí describo.

Al final, gracias a este rodeo —lo que hizo innecesario pasar antes por San Martín de las Peras—, y a que uno de los compañeros de viaje conocía bien el camino, llegamos a Coicoyán de las Flores hacia las siete y media de la noche. Fue fácil dar con Thomas y Baldomero pues a mi pregunta a un grupito de gente que estaba por ahí de si no habían visto a un señor muy alto y calvo, rápidamente me dieron razón de dónde se hospedaba. Hacia las ocho de la noche estaba saludando a Thomas y a Baldomero, quienes estaban cenando tranquilamente en la casa de una señora cuyo nombre no recuerdo (por desgracia), que ofrecía el servicio de restaurante en las estancias de su casa que tenían acceso a la calle. Esa noche cené un guisado delicioso e inolvidable, acompañado con café de olla. Para pasar la noche, esa misma señora me brindó hospedaje en su casa (algo que hacía con los maestros que iban de paso a otras comunidades, dijo), y me dejó dormir en una cama de tablas con una delgada colcha que servía de colchón, con sábanas y cobijas gastadas pero muy limpias, en la misma habitación en la que ella y sus hijos dormían en otras camas iguales a la mía. Como podrán imaginar, luego de las aventuras de todo el día, dormí como bendita.

El aventurado camino a Metlatonoc, Guerrero

El domingo 26 de octubre por la mañana desayunamos con calma y en espera de que Thomas nos indicara las actividades del día. Hacia las nueve de la mañana, él regresó con la noticia de que se había contactado con unos señores que se dirigían hacia Metlatonoc y que nos conducirían como guías hasta aquel lugar. Era una noticia importante porque: *a)* no podíamos hacer ese viaje solos; *b)* se acercaba el Día de Difuntos y esa fecha habría manifestaciones musicales especiales que el profesor Stanford quería grabar; *c)* Thomas conocía a una señora allá que podía apoyarnos con el hospedaje. En el mapa, la distancia entre Coicoyán de las Flores y Metlatonoc no se veía larga, pero cabe recordar el hecho de que la topografía que caracteriza a ambas localidades es la Sierra Madre del Sur, que está constituida por ascensos y descensos a los que el mapa realmente no les hace justicia (sólo se ven curvas de nivel muy juntas).

Pasadas las diez de la mañana nos reunimos con los guías. Se trataba de un grupo de cuatro señores (jóvenes todos), dos de ellos llevaban cargan-

do, con mecapal y sobre sus espaldas, bidones de plástico llenos de aguardiente de unos 19 litros cada uno. Los otros dos también llevaban morrales con cosas que habían comprado en Coicoyán; todos calzaban huaraches y llevaban sombrero. Yo dejé mi maleta en Coicoyán y sólo llevaba una bolsa mediana con mudas de ropa y enseres personales; Baldomero y Thomas también, aunque este último cargaba además una grabadora (de aproximadamente 1.5 kilogramos de peso) y, como Baldomero, también su *sleeping bag*. Ninguno de nosotros tres llevaba itacate, ¡craso error!

Empezamos a caminar ya con el sol calentando en la cercanía del mediodía y muy pronto comenzó el ascenso. Los cuatro guías llevaban paso corto, constante y firme, a pesar del peso que cargaban y de la subida, que cada vez se hizo más inclinada; en tanto, Thomas y Baldomero comenzaron a rezagarse y yo, entre esperarlos y no perder de vista a los guías, quedé en medio de ambos grupitos. Esta situación continuó con el agravante de que la distancia entre los guías y yo se hacía cada vez más larga, pero no quería perder de vista a mis compañeros. Finalmente, pudimos alcanzarlos, y eso sólo porque ellos se detuvieron a descansar hacia la una de la tarde; cuando lo logramos, estaban cómodamente sentados bajo la sombra de un árbol terminando de comer su almuerzo. En ese punto bebimos agua de un pequeño chorro que caía entre hojas y raíces (agua del cerro, dijeron) e hicimos algunos cambios: uno de los guías ayudaría a cargar la grabadora y yo llevaría el *sleeping* de Thomas además de mi bolsa; supusimos que estas acciones nos permitirían avanzar con mejor paso junto a los guías, pero estábamos muy equivocados pues nunca pudimos caminar a su ritmo.

El viaje se reanudó, y la escena de nosotros llegando tarde hasta donde ellos estaban descansando, verlos intercambiar sus cargas (incluida la grabadora), dejar que bebiéramos agua e iniciar de nuevo el trayecto sin que nosotros pudiéramos casi descansar, se repitió un par de veces más. Muy cerca de las seis de la tarde, luego de un ascenso largo y pedregoso, no volvimos a encontrar a los guías. Cansados, sin comer, el sol empezando a caer, en el cielo formándose gruesos nubarrones, mapa en mano pero absolutamente extraviados, escuchamos el consejo de Thomas: “si estás perdido, camina por el sendero que se vea más transitado”; por desgracia, donde estábamos había varios caminitos y todos se veían más o menos iguales, así que, sin más, avanzamos por uno al azar. Ya estaba anocheciendo y a

mí la preocupación me empezó a rugir en el ánimo como el hambre en mi estómago; pronto no habría luz, no teníamos idea dónde estábamos ni hacia dónde caminar y, mucho menos, sabíamos cómo orientarnos a oscuras, con amenaza de lluvia y de pasar la noche a la intemperie. Dicho más dramáticamente, estábamos bien perdidos en algún punto de la Sierra Madre del Sur, no teníamos manera de hallar un refugio y nuestros saberes académicos no servían de nada en ese lugar.

Así las cosas y sin dejar de movernos, fuimos alcanzados por un señor que caminaba con la seguridad de quien conocía su destino; nos preguntó a dónde íbamos en un español que sonaba más a mixteco, y pudimos entenderle que nos ofrecía un lugar donde pasar la noche, pues a esa hora difícilmente llegaríamos a algún lado. Acto seguido, fuimos tras él un largo rato, de manera que llegamos a una cabañita ya con la oscuridad de una noche muy cerrada; dentro se veía la luz del fogón.

La cabaña era un espacio de poquito más de 3 metros por lado, con tierra apisonada, paredes de tablas y techo de zacate, todo con una altura de unos 2.5 metros. El interior estaba iluminado por las llamas del fogón, que en ese momento tenía encima una olla alta con la base muy tiznada en la que se cocinaban unos tamales. El señor nos presentó a su esposa, quien acomodaba los tamales al mismo tiempo que nos saludaba asintiendo con la cabeza pero sin decir palabra; ella no hablaba español.

Lo que transcurrió luego de sentarnos en el apisonado y dejar nuestra carga fue que la señora nos ofreció dos tamales a cada quien (incluido su esposo), los cuales devoramos con verdadero placer. Cabe señalar que eran tamalitos de simple masa con sal, delgados, sin carne, salsa o levadura, sólo acompañados de su hoja que los abrazaba. Para fortuna nuestra, después de los primeros nos convidó otros dos tamales y también un pocillo de café negro, con lo que satisfacimos el hambre de todo el día. Una vez que terminamos de cenar, el señor nos indicó que podíamos acomodarnos para pasar la noche; así, él y su esposa se acostaron hacia la esquina izquierda, al centro se ubicó Thomas, del lado derecho Baldomero y yo; todos con los pies hacia la puerta.¹⁵ Cerca de las diez de la noche finalmente se soltó un tremen-

¹⁵ Por cierto, agradezco a la distancia a Baldomero por haber compartido su bolsa de dormir, la que extendió para que yo no durmiera en el vil piso.

do aguacero, con rayos y truenos espectaculares, y un montón de agua que nos arrulló gran parte de la noche hasta que nos dormimos como benditos.

El lunes 27 nos despertamos como a las siete de la mañana y a esa hora nuestros anfitriones ya no estaban; tuvieron la gentileza de dejarnos café para desayunar pero ya no había tamales; yo pienso que no fue falta de amabilidad, más bien era su almuerzo y por ello se los habían llevado todos. Así pues, nos acicalamos, bebimos el café, dejamos una nota de agradecimiento y emprendimos nuestro camino hacia Metlatonoc de acuerdo con las indicaciones que el señor le había dado a Thomas por la noche. Un par de horas más tarde, para enfrentar el hambre matutina, Thomas y Baldomero decidieron comer algunas frutillas por el camino con la convicción de que eran comestibles porque se veían maduras y estaban sabrosas, pero yo preferí seguir bebiendo agua; hacia las once de la mañana ambos se quejaron de dolor de estómago y tuvieron que devolver lo que habían comido pues evidentemente las frutillas los habían intoxicado. A mediodía seguíamos caminando de bajada y fuimos alcanzados por una familia joven, integrada por un muchacho de unos 20 años con su esposa (de unos 18) que cargaba con un rebozo a un bebé pegado a su pecho mamando alegremente; llevaban un burro cargado con ollas y bolsas. Tampoco hablaban bien español pero sí lo suficiente para entendernos y darse a entender. Como pude, les expliqué que mis compañeros de viaje se habían enfermado y que no habíamos comido; ella muy amable nos compartió entonces un taco de frijoles a cada uno; otra muestra de la amabilidad para con desconocidos que evidencia una solidaridad sin interés. De acuerdo a la versión de Thomas (véase nota 8), el joven esposo al parecer conocía a nuestros guías o a alguien que sabía de ellos y le dio indicaciones de buscar a una señora en Metlatonoc para rastrearlos; así pues, en cuanto llegamos a aquel lugar preguntamos por ella y nos dirigimos a buscarla. Por una casualidad de esas que uno agradece a la vida, resulta que la señora recomendada era precisamente la persona a quien íbamos a buscar, pues Thomas la conocía de antes; ella se sorprendió mucho al vernos y de lo que le platicamos sobre las dificultades del viaje, acto seguido nos invitó a comer tlayudas con sardinas de lata.

La casa de esta señora, a quien aquí nombraré como *doña Lupe* para no dejarla sin nombre, era de adobe, tenía una tiendita en el frente (de donde

había tomado las latas de sardinas) con mostrador y anaquel de madera, en la que vendía fundamentalmente galletas Marías, dulces, jabón en polvo, refrescos y cervezas. Justo atrás del mostrador había dos cuartos sucesivos; en el primero tenía un pequeño almacén y el siguiente era la cocina. Por el pasillo que comunicaba tienda y cuartos había dos puertas del lado izquierdo, cada una correspondía a una habitación; en la primera había costales de maíz y en la segunda había camas, pues era la habitación en donde dormían ella, su hija de 11 años y su pequeño de cuatro. Atrás de la cocina había un amplio solar. Digamos que la casa era grande, tal vez por eso ella aceptó hospedarnos, con la advertencia de que no tenía camas ni cobijas, aunque nos ofreció dejar nuestras cosas en el cuarto donde almacenaba el maíz y nos permitió dormir en la cocina. La casa no tenía baño ni letrina, un dato importante que no tardé mucho en descubrir. En la cocina de doña Lupe pernoctamos durante nuestra estancia arrullados por la corriente del agua, y despertábamos pasadas las cinco de la madrugada por el gusto despiadado de su hija por la música de Vicente Fernández a altísimo volumen; a esa hora la niña preparaba las tortillas para el almuerzo, la comida y la cena de cada día.

Una vez que habíamos comido y descansado, iniciamos un recorrido por el Metlatonoc de 1986. En aquel entonces era una localidad asentada en una cañadita y atravesada por un río (al parecer se trataba del río Ometepe¹⁶); a los lados de ambas riberas se ubicaban casas muy parecidas a las de doña Lupe, sin mucho orden. Relativamente cerca estaban las montañas que lo circundaban, en esa época del año cubiertas de árboles de color gris, donde nacían los manantiales que alimentaban al río. Por cierto, cuando pregunté adónde podía ir al baño, me enviaron precisamente hacia la zona del río. Fui por supuesto y me di cuenta de que era “zona minada”, es decir, había una enorme colección de desechos humanos que evidenciaban su uso como baño público desde largo tiempo, casi casi desde coprolitos hasta los más recientes, repartidos entre la vegetación que hacía las

¹⁶ Tomado de <https://es.wikipedia.org/wiki/Metlatonoc>, consultado el 2 de mayo de 2020. Ofrezco disculpas al lector por no tener el nombre preciso del río y la cañada; en mi defensa, diré que era mi primera práctica etnográfica, la primera fuera del ámbito de la arqueología y no sabía bien a bien qué registrar; además, mi diario de campo quedó guardado en algún lugar a lo largo de todos estos años, por ello lo que aquí narro ha salido de algunas notas que encontré aquí y allá y de mi memoria.

veces de cortina para evitar las miradas curiosas. El río, por su parte, lucía sus aguas transparentes y un buen caudal con profundidad de un metro más o menos; en otras palabras, la falta de drenaje había mantenido sano a este cuerpo de agua que proveía de agua limpia a sus habitantes. La verdad era un paisaje muy bonito que cubría, de un primer vistazo, la enorme pobreza que imperaba entre los pobladores del lugar.¹⁷

Cabe mencionar que mi siguiente encuentro importante con el río fue casi al final de nuestra estancia en Metlatonoc, cuando me fui a bañar acompañada por una niñita que no hablaba español; desde buscar el mejor lugar para meterme y pedirle que por favor me avisara si venía gente, fue la primera vez en mi vida que me sentí extranjera en mi país pues no había manera de entendernos. Al final, logramos comunicarnos más o menos mediante el elemental lenguaje de señas; toda una experiencia.

La gran mayoría de la gente hablaba en mixteco, aunque sería más justo decir que sólo había unos pocos que hablaban español. De entre éstos, y por recomendación de doña Lupe, buscamos la casa de *doña María* (tampoco era su nombre, pero la denominé así para identificarla) para pedirle que nos preparara la comida desde el día siguiente y hasta el día de nuestra partida; ella aceptó con la advertencia de que nos cocinaría lo mismo que ella preparaba para su familia, pues no tenía mucho más como para ofrecernos un menú distinto. De doña María recuerdo su sazón en caldos tremendamente picantes tanto para la comida como para la cena; pronto descubrí que eso ocurría por la falta de jitomates o tomates, así que ella preparaba los caldos sólo con chile, agua, sal y alguna yerba aromática, casi siempre epazote.

Hacia la tarde-noche Thomas había averiguado quiénes eran los guías que nos habían dejado solos en la sierra, dónde vivían y qué distancia habría que recorrer para recuperar la grabadora; se decidió que al día siguiente Baldomero iría a la localidad donde vivían para recogerla, acompañado por unas personas que tenían asuntos que atender allá. Así, esa noche dormimos en la cocina de doña Lupe y al día siguiente muy temprano,

¹⁷ Años más tarde, en el 2006, Metlatonoc fue la localidad en la que el entonces candidato a la presidencia de México, Andrés Manuel López Obrador, inició su campaña presidencial precisamente por considerarlo el municipio más pobre de todo México. Véase *El Sur*, 14 de enero de 2006 [http://www.diputados.gob.mx/sedia/biblio/virtual/dip/guerretrans/44_AMLO.pdf, consultado el 3 de mayo de 2022].

Baldomero partió con otros dos señores para recoger la grabadora. Era el martes 28 de octubre. Él y la grabadora regresaron hasta el miércoles 29, casi a la hora de la comida. Nos contó que dio sin problemas con la casa de los guías y que lo llevaron con el que la tenía; incluso hasta le hicieron una broma preguntándole: “¿y qué? ¿no se los comieron los tigres allá arriba?” Baldomero les preguntó por qué no nos habían esperado y uno de ellos le contestó simplemente: “porque se estaban tardando mucho y todavía faltaba camino por andar”. Era la mera verdad.

El jueves 30 Thomas nos encomendó que buscáramos músicos entre los pobladores para empezar a grabar. Ese día, así como el viernes 31, fue posible localizar a algunos de ellos y registrar música y cantos, entre ellos también el *cati cubii*. La noche del sábado 1 de noviembre también fue inolvidable. Las casas de Metlatonoc tenían las puertas abiertas (literalmente), así que en varias de ellas pudimos entrar, ver y constatar la colocación de las ofrendas para los difuntos; casi todas estaban colocadas en una mesa grande llena de frutas y cazuelas con comida, junto con botellas de aguardiente y jarros de café. Sobre las mesas había arcos hechos de ramas de árbol (pino, identificado por el olor), donde colgaban también frutas como pencas de plátano, naranjas y guayabas. No había fotografías de los familiares difuntos. Importante es comentar que las casas estaban iluminadas por velas, veladoras de la ofrenda y en algunos casos (los menos) también por quinqués, lo que daba una iluminación tenue y ámbar a cada casa; en ese entonces sólo había instalación eléctrica en muy pocas casas de la localidad, la de doña María entre ellas, en la que podíamos ver las noticias en su televisión en el breve rato que pasábamos allí mientras cenábamos.

Pues bien, nuestra visita nocturna a algunas casas nos permitió también compartir con los anfitriones algunos tragos de un aguardiente intenso y básico, de esos que desgarran la garganta mientras llegan al estómago, convidado a boca de botella con babas del bebedor que nos precedía; la verdad no había tiempo para el desaire y como hacía frío pues bebimos bajo la consigna de “a la tierra que fueres, haz lo que vieres”. Pude percatarme de que para la gente era una suerte de estatus que Thomas, Baldomero y yo los visitáramos; a Thomas lo llamaban “el español” y la gente cantó gustosa para ser grabada por él; Baldomero y yo hasta bailamos

ante la invitación de algunos anfitriones. Llegamos a dormir a la casa de doña Lupe hacia las dos de la madrugada, cansados, medios ebrios y con un poco de frío, para ser despertados a la hora habitual bajo las sentidas frases de Vicente Fernández.

El domingo 2 de noviembre parecía día festivo. En la calle había gente caminando de acá para allá, unos iban al pequeño tianguis, otros al templo, otros a visitar a sus familias (supuse). Nosotros fuimos a hacer un trámite que alguien le recomendó a Thomas no dejara de hacer; se trataba de conseguir el sello de visto bueno del comisario ejidal en el oficio expedido por la ENAH, donde nos presentaban a los tres y se hacía una breve descripción del trabajo que habríamos de llevar a cabo en Coicoyán de las Flores y en Metlatonoc. Para ello, nos dirigimos primero a buscar la casa del comisario y luego a esperarlo pues no se hallaba en ese momento; Thomas y Baldomero se sentaron en unas sillas en el interior de la casa y yo lo hice en el escaloncito al borde de la puerta viendo pasar a la gente en la calle. Mientras transcurría la espera, de pronto se escucharon gritos, primero a lo lejos y luego más cerca; yo me puse de pie para ver de qué se trataba pues gritaban en mixteco y yo no entendía. En breve vi pasar a una señora con la blusa manchada de sangre, quien corría a la velocidad que le permitía su huipil, sus huaraches y el suelo abrupto de la cañada, animada por los gritos que yo interpreté como “¡córrele, córrele!”. Detrás, muy atrás, venía un señor (presumiblemente su marido), también con la camisa manchada de sangre, machete en mano, trastabillando que no corriendo, en persecución de ella; él se cayó varias veces y ella siguió corriendo hasta perderse de vista. La escena me impresionó pues era evidente que en algún momento el señor agredió a la señora con el machete y la hizo sangrar; si no llegó a más fue porque ella salió corriendo y él no la alcanzó, tanto porque ella lo hizo velozmente como porque él estaba medio borracho.¹⁸

El comisario ejidal apareció finalmente; un señor bajito, muy delgado, con ropa de manta, sombrero y huaraches, a quien alguien le explicó en

¹⁸ Imposible no pensar a la distancia en la vulnerabilidad de *todas* las mujeres (indígenas o no) ante un hombre alcoholizado, y en la impunidad de los hombres al sentirse con derecho de agredirlas sin pudor y con el fin de lastimarlas. En fin.

mixteco nuestra presencia en su casa. Con gran ceremonia el señor sacó una cajita de madera y, de ella, una bolsa de plástico en la que estaban un sello de goma y un cojín entintado; tomó ambos, se acercó el oficio de la ENAH, lo colocó en una mesita y lo selló con sumo cuidado, luego guardó todo en la cajita y entregó el oficio en las manos de Thomas. La gente que presencié todo esto guardó silencio mientras ocurría, a pesar de que afuera todavía había alboroto por el señor del machete.

EL REGRESO

El lunes 3 de noviembre ya estábamos preparados para regresar a Coicoyán de las Flores. Por supuesto agradecemos mucho la hospitalidad de doña Lupe y de sus hijos así como el apoyo de doña María (quien, por cierto, me había prestado una cobija) por alimentarnos. En esta ocasión el grupo estaba constituido por dos señores, una señora, Thomas, Baldomero y yo. La marcha inició con paso moderado, disminuyó en los ascensos, nos apuró en los descensos y entre todos compartimos el itacate que llevábamos; habiendo aprendido la lección, esta vez nos hicimos de galletas Marías de las que vendía doña Lupe y de refrescos; todavía no existía el agua embotellada. Durante el camino yo platicué bastante con la señora, cuyo nombre tampoco recuerdo, pero ella me contó que una vez le tocó compartir camino con una familia que iba a Coicoyán a comprarle zapatos a su niña; ella, de unos 7 años, atravesó la Sierra Madre del Sur con sus piecitos descalzos, aun sobre la zona de lajas cortantes, de esas conocidas como pizarra que los arquitectos usan para adornar fachadas.¹⁹

La travesía nos llevó once horas, de las ocho de la mañana que salimos hasta las siete de la noche que llegamos a la casa de la señora que me hospedaba en Coicoyán. Esa noche había fiesta en el pueblo, con feria, torito, música y todo, por ello cuando yo iba llegando la señora estaba de salida con sus hijos y me dejó dentro pues yo preferí no asistir a la fiesta; me parece recordar que Thomas y Baldomero tampoco fueron. Yo, sola en la casa, me dispuse a bañarme cuando se fue la luz en la zona;

¹⁹ Todavía hoy me imagino el dolor que sufrió esa niña por caminar durante horas aquella zona sobre la planta de los pies.

aprovechando la oscuridad, terminé bañándome a jicarazo en el lavadero ubicado en el patio de atrás, con agua bien fría, a oscuras pero iluminada con fuegos artificiales, un lujo. La señora regresó cerca de las once de la noche; yo le abrí la puerta y acto seguido me fui a la cama; por supuesto dormí una vez más como bendita.

En la mañana del martes 4 de noviembre, muy temprano, una vez que desayunamos, nos despedimos y dimos las gracias, Thomas y yo nos dirigimos hacia Huajuapán de León para abordar el autobús hacia la Ciudad de México; Baldomero decidió irse a la playa. Casi a la medianoche de ese día estábamos llegando a la TAPO; así terminaba una práctica de campo de la que yo aprendí más, mucho más, que etnomusicología.

UN EPÍLOGO A LA DISTANCIA

Rememorar lo aquí compartido me ha llevado a sacar de mi archivo mental un montón de escenas, olores, colores, sensaciones, que estaban guardados en los rincones de mi memoria pero que, al mismo tiempo, se han hecho presentes en distintas oportunidades de mi trabajo profesional, sobre todo aquello que evoca la cultura material.

Destaco, como dije al principio, aquellas sensaciones que usualmente nadie anota en sus publicaciones académicas en virtud de que no se consideran *datos* en las investigaciones, pero que son formativas para los investigadores y las investigadoras en el sentido más literal de la palabra. Desde esta perspectiva, esta primera práctica de campo etnográfica ha marcado mi quehacer profesional en distintos aspectos, el más importante sin duda es ponderar las relaciones humanas para poder entender a la cultura material; dicho de otra manera, es imposible que la sola cultura material dé cuenta de las relaciones humanas que la produjeron, de ahí la importancia de observar cuidadosamente a la sociedad que se visita.

En relación con las relaciones humanas, cabe destacar que en todo el tiempo que duró esta práctica nunca tuve la sensación de hallarme en peligro, con excepción del momento en que tuve que soportar el acoso del chofer de camión que una señora puso en su lugar. Sin embargo, a pesar de haber compartido el camino con gente con la que jamás había estado en mi vida, de haber estado extraviados en la sierra, de haber bebido de una

botella con babas de otros, de haber ido al baño en un lugar insano, nunca tuve esa sensación de alerta que en cambio sí he tenido en tiempos actuales en los ámbitos urbanos. Ha sido un aprendizaje de vida constatar la solidaridad que se puede establecer entre perfectos desconocidos, aun con la convicción de que jamás los volverás a ver. Hubo gente sin cuya ayuda difícilmente hubiéramos terminado bien esta aventura y que además compartieron sus alimentos, sus casas, sus experiencias y conocimientos con nosotros; mi agradecimiento eterno a todos ellos y a todas ellas.

En otro tenor, destaco la desventaja que tiene una mujer frente a un hombre que quiere agredirla: ¿cómo defenderse?, ¿cómo ponderar entre huir de la propia casa o perder la vida? Lo horrible de esta realidad es que virtualmente todas las mujeres de cualquier parte del mundo podemos llegar a estar en una situación así, indígenas o no indígenas.

Otro elemento es el conocimiento que podemos llamar “del papel al mundo real”; la orientación sin GPS (Global Positioning System) en lugares que no conocemos desde la infancia, no siempre es fácil u obvia. El ejemplo más claro fue estar perdidos en la sierra sin tener la menor idea de hacia dónde caminar aun con el mapa en la mano; ahora me da risa, pero en ese momento viví una combinación de coraje, preocupación y miedo. También hambre (desde entonces siempre llevo conmigo algo para comer).

Quisiera resaltar que considero que la etnografía debería tener un peso mayor en cualquier currículo vinculado con las ciencias sociales, especialmente en la arqueología, por ser el instrumento metodológico por excelencia tanto para registrar a las sociedades que una observa como para ubicarnos como investigadores que pretendemos dar cuenta de sociedades del pasado. He sostenido frente a estudiantes que si no somos capaces de entender a las sociedades contemporáneas, menuda pretensión de arqueólogos y arqueólogas sería pensar en que es posible explicar a aquellas sociedades de las que sólo tenemos su cultura material.

Una consecuencia directa de la experiencia aquí narrada es que desde hace algunos años, en el marco del Programa de Maestría en Arqueología de El Colegio de Michoacán, he dictado una asignatura de nombre Etnografía para arqueólogos, cuyo objetivo es precisamente generar en los y las estudiantes el hábito de observar cabalmente a las sociedades y dimensionar

que cada elemento de la cultura material tiene una función específica; asimismo, procurar entender tal función como el resultado entre el conocimiento profundo del entorno que se habita, la manera de aprovecharlo y las relaciones sociales que los median. Por supuesto, destaco reconocer que como investigadores e investigadoras requerimos aprender de los que saben, es decir, precisamente de los pobladores de las sociedades contemporáneas que estudiamos. En estos mundos, todavía tenemos mucho, muchísimo que aprender.

Dos cosas finales:

Una, mi agradecimiento eterno a mi maestro Thomas Stanford por haberme invitado a vivir esta experiencia que ha marcado mi vida.

Dos, por si tenían pendiente, aprobé mi materia con 10.

La Piedad, Michoacán, a 12 de mayo de 2022.